## La Guerra de las mancebas.

NTES del reinado de Carlos II, las mujeres no aparecían en el teatro inglés. Los papeles femeninos de los dramas y comedias de Shakespeare eran representados por hombres y ya sabemos que á uno de estos actores le

fueron dirigidos los célebres sonetos amorosos (1). En el reinado de Carlos II, por reacción contra los puritanos, las mujeres aparecieron en escena y no satisfechas con representar los papeles femeninos inaguraron la moda del cambio de papeles. Pepys, gran aficionado al teatro, señala esta innovación y admira á una actriz que aparece en escena vestida de hombre. Tiene las piernas más hermosas que ha visto, y ha quedado enamorado de ellas. Todo ese auditorio de galanes que nos describe la literatura de la época, se encontraba, como él, en la fiesta. Desde entonces, el teatro se convierte en un lugar de citas galantes. Los poetas nos describen la gente á la moda, un Sidney ó un Killigreve en el momento de llegar á la comedia : « Avanza por medio del patio de butacas, se pavonea un instante para hacer admirar su mérito, saca el peine, se arregla la peluca, llama á la naranjera á la que paga sin fijarse en el precio y sacrifica la naranja mejor á la beldad más próxima. Entonces, se sienta gravemente y se duerme, al menos que alguna petulante entretenida no le tenga despierto, pisandole el pie o dirigiéndole algunas frases licenciosas. Despues, de pronto, para demostrar que tiene ingenio y sabe criticar, se levanta y con rostro trá-

gico condena la comedia, aunque no haya oido ó por lo menos comprendido dos palabras de ella. Hecho esto, se aproxima á cualquier joven y pellizcándola la mano la dice con aspecto abominablemente lánguido y en voz baja: «; Dios me condene! Señora, si supieseis únicamente, etc.... la pasión que experimento por usted y las llamas que vuestros irresistibles encantos, etc... han hecho brotar en mi corazón, seriais complaciente conmigo y me honraríais con vuestra angelical compañía, aceptando la invitación que os hago de venir al próximo café para tomar la bebida de amor. » Pero si advertía que era una mujer honrada y que no podía convencerla, exclamaba en alta voz : « ¡ Qué Dios os condene, prostituida puritana! ¿Qué habéis venido á hacer en las butacas? ¡Una plaza de doce peniques en el gallinero y revuelta con los lacayos, es bastante buena para vos (I)! »

A este público de desocupados le eran necesarios las voluptuosidades de la visión y por él se multiplicaba las ocasiones de los cambios de papeles. Algunas veces las mujeres monopolizaron todo el teatro y representaron las comedias sin el concurso de actor alguno. En este caso, se escogía las comedias más libres, aquellas en que abundaban los retruécanos y palabras de doble sentido, que al pasar por su boca tomaban un sabor más picante (2). Entre estas cantantes, actrices y bailarinas, es donde Carlos II encontró numerosas queridas. « Puede creerse, dice Cibber, hablando de las actrices de la época, que no fueron mal escogidas, porque todo el mundo sabe que varias de ellas reunieron bastantes encantos para calmar y endulzar, en sus horas de ocio, las zozobras de un gobierno. »

Leonor Gwynn era de las mas célebres en ese género. Tenía un encanto, una gracia, á la que el público del Teatro del Rey no sabía resistir y, si estaba detestable en

<sup>(1)</sup> A propósito de los sonetos de Shakespeare, véase nuestra traducción de Oscar Wilde : El Retrato de Señor W. H.

<sup>(1)</sup> The Character of a town Gallant, citado por Beljame. El público y los escritores de Inglaterra, p. 61.

<sup>(2)</sup> Beljame. El público y los escritores de Inglaterra, p. 35.

los papeles trágicos, se revelaba y triunfaba, como gran actriz, en las comedias de costumbres (1). Dryden lo sabía muy bien, y después de haber escrito el Amor tirano, y sacrificado el número de personajes necesarios para complacer la afición del público á escenas sangrientas, había escrito para Nell Gwynn un epílogo fantástico, que las circunstancias en que se desarrollaba hacían más picante. Acababan de matar á Gwynn (2) é iban á transportar su cuerpo, cuando se levantaba de pronto y « ¡Alto! esclamaba, ¿estáis locos, malditos perros del diablo? Es á mí á quien corresponde levantarse y terminar el epílogo. » Y avanzando á las baterias : « Amables gentlemen, decía al auditorio, vengo á participaros extrañas novedades. Soy el fantasma de la pobre Nelly. Hermosas damas, no os asustéis, seré comedida, sigo siendo lo que fuí, un diablillo encantador muy inofensivo, porque después de la muerte el alma conserva las mismos caracteres que teníamos en vida. Así, pues, como fuí actriz, represento papeles en el Infierno en donde soy un diablillo. Galanes, pensad en eso. Decís que no existen los espíritus, pero soy yo quien por la noche viene á bailar sobre vuestras camas y, palabra de honor, os quedáis pasmados cuando os sorprendo á medio dormir. Si he de deciros la verdad, soy un alma errante por que fui muerta en una tragedia, que no tenía nada que ver con mi vocación. ¡Oh, poeta! poeta estúpido ¿cómo pudiste mostrarte tan falto de seso para hacer morir de amor á Nelly? No, ha hecho más, pues me mató por Navidades, cuando no se ven más que tartas y pasteles. Quiero poner en ridículo á ese estúpido bellaco, porque no diré una palabra en favor de su mal hilvanada comedia, tan pasada de moda, una comedia que como la veais dos veces se burlarán de vosotros y hasta os tendrán por devotos, pero adios, gentlemen! Daos prisa y venid á buscarme, estoy segura de encontrarme



Nell Gwynn.
Retrato por Peter Lely, grabado por Thomas Wright.

dentro de poco en vuestra compañía. En cuanto á mi epitafio, quiero hacerlo yo misma sin recurrir al auxilio de ningún poeta: « Aquí reposa Nelly que, aunque haya vivido como una porcachona, murió como una princesa y dándose tono de virtuosa (1). » Una salva de aplausos

<sup>(1)</sup> Diario de Pepys, 27 y 28 de Diciembre de 1667.

<sup>(2)</sup> Representaba el papel de Valeria.

<sup>(1)</sup> Jesse. Memorias, III, 375.

acogía sus palabras. ¿Cómo negar aplausos á Nelly? Leonor Gwynn había nacido el 2 de Febrero de 1650. Se la había conocido, sucesivamente, como vendedora de arenques y de naranjas en el Teatro Real. « Quien la hubiese visto chapoteando en el barro de la calle, con el rostro negro como la tapadera de un puchero, descalza y cubierta de polvo, ¿habría podido imaginar que llegaría á ser la querida de un monarca? decía más tarde Etheredge, pero, hasta en esa época, el encanto de su ingenio y la viveza de cáracter subyugaron á un simplón de la ciudad (1). » El reinado de este amante terminó muy pronto. Carlos Hart, resobrino de Shakespeare (2), y John Lacy, célebres actores, se propusieron educar á la hermosa joven y enseñarla la declamación. Las lecciones no eran desinteresadas, naturalmente. Dungan, actor y empresario, la hizo que trabajase en el teatro un poco antes del año 1665. Pepys, que era uno de sus admiradores, habla frecuentemente de ella en su Diario. La joven, creó numerosos papeles en las comedias de Dryden que sacaba buen partido de sus extravagancias. Un día, mandó hacer un sombrero como una rueda de carro y lo plantó en la cabeza de Nelly Gwynn para que recitase el prólogo de la Conquista de Granada. El sombrero de Nell fué el éxito de la pieza. La sala entera experimentó verdaderas convulsiones de risa y el rey, medio ahogado, lleno de admiración al ver tanta extravagancia, fué á buscar á la comedianta entre bastidores y la invitó á cenar (3). Pepys advierte que durante el mes de Enero de 1668, el rey la mandó llamar varias veces. Mma Castlemaine, que en un principio la protegió, viendo que el rey experimentaba por ella algo más que un capricho, la tomó odio.

Este diablillo de Nelly es para Carlos II, que principia á envejecer, un verdadero excitante del amor. La joven Nelly afecta con el monarca el tono que más tarde tomará la Dubarry con Luis XV. En cierta ocasión, en un concierto que se celebraba en su casa, Carlos II, el duque de York y algunos intimos aplaudieron al cantante Boman, muy joven y principiante. El rey además de aplaudir, elogió al novel artista. « Y bien, Sire, dijo Gwynn, que deseaba proteger al camarada, para probar que no son vanos elogios, espero que haréis un buen regalo á los artistas. » Pero el rey no llevaba dinero y el duque de York no tenía más que una guinea ó dos; al ver esto Nelly, muerta de risa, se volvió hacia los restantes concurrentes. « ¡Pescado de Dios! esclamó empleando el juramento favorito del rey, ¡entre qué gente he caido! (1) » Tales travesuras encantaban á Carlos II. « Antes de que el gran Carlos hubiese permitido mentir á los charlatanes y marinos, hace decir á Nelly el poeta Etheredge, no había oido á nadie que jurase como Moll Knight (2) y yo; nunca hubo juramentos menos estimados, ni menos verdaderos, y sin embargo aseguran que el monarca pagaba gente para que jurase. Nosotras jurábamos más que los dragones en un saqueo. Los ; por la sangre de! ¡Diablos encendidos! Bombas y rayos! no se caen de nuestra boca (3). »

Lo desgraciado del caso, es que Nelly no estaba libre cuando la conoció el rey. Se hallaba en poder de un amante y de un amante que no estaba dispuesto á marcharse. Lord Buckhurst había derrochado por ella mucho dinero, la había retirado del teatro una vez, asegurándola una pensión de cien libras por año, pero al enterarse de lo mal que de ella hablaba Moll Davis, había vuelto á la escena casi enseguida. En esta época fué cuando la conoció el rey (4). Nell tenía á honor el no ser la querida de varios á un mis-

<sup>(1)</sup> Jesse. Memorias, III, 372.

<sup>(2)</sup> Era hijo de William Hart, hijo de Jane, hermana del poeta.

<sup>(3)</sup> Beljame. El Público y los Escritores en Inglaterra, p. 66.

<sup>(1)</sup> Jesse. Memorias, III, 378.

<sup>(2)</sup> Moll ó Mary Knight, célebre cantante, fué, según dicen, encargada por Carlos II, del que había sido querida, de negociar la libertad de Nell Gwynn con lord Buckurst.

<sup>(3)</sup> Jesse. Memorias, III, 381.

<sup>(4)</sup> Diario de Pepys, 13 de Julio y 26 de Agosto de 1667.

mo tiempo. En una disputa que había tenido con su compañera, Beck Marshall, había dicho: « Aunque no soy, como usted, la hija de un ministro protestante, pues me he criado en un burdel en donde servía los licores á los parroquianos, no tengo más que un amante y no tres y cuatro como usted (1) ». Ahora bien, en este momento tenía, á la vez, á Buckhurst, que era su Carlos I, Hart, su maestro, que no se dejaba derribar y era su Carlos II, y por úlrimo, el rey, que á pesar de ser Carlos II no era más que su Carlos III (2). El rey no podía aceptar esta situación de tercer amante y he aquí, que un incidente hizo rebosar el vaso. Carlos II había pedido á Rochester que le llevase los versos que había hecho contra las diversas personas de su Corte. En un momento de aturdimiento y un poco ébrio, Rochester cogió un papel por otro y envió á Carlos II una sátira que había hecho contra él. El rey se indignó, y con razón, al verse pintado como un sátiro. Irritáse más todavía al leer la burla que en los versos se hacía acerca de su falta de vigor físico. Los cínicos versos de Rochester describían á Nell Gwynn haciendo esfuerzos inútiles para devolver al monarca una elocuencia perdida desde lejana fecha. Era preciso alejar á Hart y al amante que pagaba. Se hace lo que se quiere de los cómicos, aun cuando sean resobrinos de poetas, pero Carlos Sackville, lord Buckhurst, el amante poderoso y rico, era uno de los hombres más gallardos de su tiempo. Era un valiente que se había distinguido por sus servicios y un poeta que la víspera del combate naval del 3 de Junio de 1665, embarcado á bordo de la flota inglesa, enviaba « en nombre de los hombres que están aquí », estos versos á las « damas que quedan por allá ». « Con objeto de no aburrirnos jugabamos á los dados ó al tresillo ¿pero qué conseguiremos con nuestra mutua ruina? Hemos sido vencidos cuando nos separamos de vosotras con un ¡fa! ¡la! ¡la! ¡la! pero

he aquí que aumentan nuestros temores y que se alejan todas las esperanzas mientras que ustedes, indiferentes á nuestro dolor, asisten tranquilamente al teatro, y hasta puede que permitáis á un hombre más afortunado que os bese la mano y que juegue con vuestro abanico, cantu-

rreando ; fa! ; la! ; la! ; la! ; la! » Sackville era poeta, pero si se conformaba con dejar la plaza al rey no estaba dispuesto á hacerlo sin compensaciones. Declaró francamente, y como hombre práctico, que no se separaría de Nelly mientras que no le pagasen lo que habíaderrochado por ella. Carlos II no pudo librarse de Buckhurstmás que nombrándole embajador. He aquí como Nelly influyó en la po-



Wycherley.

Retrato de Peter Lely (1668),
grabado por F. Smith en 1703.
(Biblioteca Nacional. París.)

lítica europea. En cierta ocasión quiso intervenir también en la política interior. Pues no copió las palabras de Kiligrew? « Dime, Nelly, la preguntó en broma Carlos II, qué es preciso que haga para que mis súbditos se apacigüen. Gritan contra mí como si estuviesen rabiosos. — Vuestra Majestad, respondió ella, no tiene más que una solución. Que despida á todas las damas que le rodean y que no se ocupe más que de sus asuntos de Estado. » No era este el

<sup>(1)</sup> Diario de Pepys, 26 de Octubre de 1667.

<sup>(2)</sup> Forneron. Luisa de Keroualle, p. 20.

medio de apaciguar á M<sup>ma</sup> Castlemaine. Estas palabras agradaron al pueblo inglés y aumentaron las simpatías de que gozaba Nell. ¿ Quién podría odiar á esta rubia y regordeta muchacha siendo como era la más inofensiva de las queridas del rey? Si la insultaban, su bondadosa sangre fría desarmaba el ultraje. Un brutal transeunte la había llamado prostituta. Al oir esto, uno de sus lacayos, que la adoraba, comenzó á golpear al insultador. La actriz avanzó su rostro por la ventanilla del coche y dijo: « Déjale, Tom, ese pobre diablo ha dicho la verdad (1). »

Entre los poetas era tan popular como lo había sido M<sup>ma</sup> Castlemaine en los tiempos en que disfrutaba de gran favor. ¿No era la protectora de todos los talentos desgraciados? Con su generosidad para los escritores, demostraba que no se había olvidado de las bondades de Dryden. Ottway, el autor de Venecia salvada, Butter, el cantor de Hudibras, Lee y otros muchos, fueron protegidos por ella. Duffet la dedicó su Bandido español. Fué el primero que tuvo el atrevimiento de decir públicamente que había en ella virtudes que, después de su belleza, eran el mayor milagro del siglo. Una autora, escribía, entre otros cumplidos, en su dedicatoria:

« Una criatura tan excelente, tan perfecta como vos, no se diferencia de las divinidades más que en esto... » Y en otra parte: « Cuando habláis, los hombres se agolpan para mejor oiros, con un respeto religioso, como para los santos oráculos ó las divinas profecías. » Nell, no obstante, no era más que una entretenida, pero, como decían los mismos autores, « no se muestra nunca sino para que renazca la alegría en los ojos de cuantos tienen la fortuna de verla (2). » Era el encanto, de todo el universo excepto de M<sup>ma</sup> Castlemaine y más tarde, de la duquesa de Portsmouth. Sus simpatías llegaron á emocionar hasta á Patricio O'Bryan, el Luis Candelas de la época, que la sonrió gra-

ciosamente cuando detuvo su coche en el camino de Winchester. « Señora, la dijo este caballero de la niebla, descubriéndose galantemente, soy, se lo aseguro por mi salvación, un hombre muy noble y próximo pariente del duque de Ormond, pero teniendo necesidad en este momento de algún dinero y sabiendo que sois una mujer caritativa, espero que me daréis alguna cosa sin que tenga necesidad de coger lo que lleváis sobre vos. » Nell, muerta de risa, le dió diez guineas y el bandido se alejó al galope sin reclamar nada más.

Era caritativa con los pobres, recordando que también lo había sido ella y por su instigación construyó Carlos II el hospital de Chelsea para que sirviera de asilo á los soldados inválidos, y tuvo empeño en que se pagara del dinero que la había regalado Carlos II, el precio del terreno en el que se debía erigir el edificio. Carlos II había terminado, en efecto, por sostenerla, con gran lujo. Al principio de sus relaciones, había pedido 500 libras por año, lo que la parecía una fortuna magnifica. El rey se había negado á otorgarsela, pero cuatro años después había recibido más de 60 000 libras. En Mayo de 1670, dió á luz un niño, Clemente Beauclerk. El rey, que había reconocido y ennoblecido á los otros hijos que tuvo de sus queridas, no pensó en este para nada, pero ella supo hacer que se fijase en el niño. Un día en que el rey estaba en casa de la comedianta, el chiquitín, que tenía unos seis años, jugaba y hacía mucho ruido. « Estate quieto, bastardo, esclamó la madre. » El niño, confuso, y mohino, fué à ocultarse en un rincon. « ¿ Por qué maltratais de esa manera al niño? - Me causa mucha pena llamarle de esa forma pero no le puedo dar otro nombre. » Pocos días después recibió el niño los titulos de barón de Heddington y de conde de Burford.

Olvidada M<sup>ma</sup> Castlemaine á causa de Nell Gwynn y de otras muchas, no ocultó por más tiempo su desvergüenza y verdaderamente mereció los insultos de Rochester: « Estais poseida de tan espantosa lujuria, que no se os

<sup>(1)</sup> Beljame. El Público y los Escritores de Inglaterra, p. 35.

<sup>(2)</sup> Jemeson. Memorias, 153.

puede comparar á nadie; la emperatriz Mesalina quedóse, al menos, saciada, pero vos no llegareis jamás á saciar á esa bestia. Como una perra en celo, que agita continuamente su cola así pedís nuevos hombres. » No sentía la Castlemaine el menor escrupúlo en confesar los amantes que tenía; entre éstos se encontraban Goodman, el actor que algunos años después quedó inutil para el amor. Estaba el actor tan insolentemente orgulloso de su conquista que una noche, en que la reina estaba en el teatro y se había dado la orden, como de costumbre, de levantar inmediatamente el telón, él esclamó. « ¿ Ha venido mi duquesa? Y, como le respondiesen que no había llegado aún, prohibió en medio de grandes votos y por vidas que levantasen el telón antes de que llegase ». El reinado de Goodman fué de poca duración. Wycherley, simple estudiante de derecho, le sucedió. Era un joven de hermosa presencia al que la duquesa vió un día en el Ring. Iba la duquesa de Cleveland en carroza, cuando al advertirle sacó la cabeza por la ventanilla y gritó con voz muy clara : « Caballero... sois un granuja... Caballero... sois un extravagante... Caballero, sois un hijo de p.... ». Estas palabras pedían una indemnización; así, pues, Wycherley se convirtió en su amante y la dedicó su primera comedia, el Amor en el Bosque, en la que introducía una alusión á la galante manera con que la había conocido. Carlos II hizo que le presentasen al poeta y le confió la educación del duque de Richmond. Buckingham, otro de los amantes de la duquesa de Cleveland, la dió un cargo en su regimiento (1).

Wycherley fué uno de los que frecuentaron más, en Inglaterra, á Saint-Evremond. Caido en desgracia después de Fouquet (2), pasó á Holanda y de ahí á Inglaterra en donde Carlos II le agregó á su Corte con una pensión.

Desde entonces no volvió á salir de Londres. Era un medio en el que se encontraba muy bien; el fué uno de los que más contribuyeron á la derrota de Luisa de Keroualle.

La señorita Penencoët de Keroualle, hija de un noble bretón, estaba al servicio de Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans, desde el año 1668. En Enero de 1669, en un baile ofrecido por el duque y la duquesa de Orleans à Marosini, embajador de Venecia, bailó de una forma que produjo la admiración de Robinet, el cronista que había heredado el cargo y el estilo poético de Loret:

... A ce cercle je vis
Et mes yeux en furent ravis,
Votre fille d'honneur nouvelle,
Egalement mignonne et belle,
Et qui, par-dessus ses appas,
Sait figurer de galants pas,
Ce qui veut dire qu'elle danse
Et sait à ravir la cadence
A quoi j'ajoute que vraiment,
Elle est fille d'entendement
D'avoir su si beau poste prendre,
Et c'est ma foi des mieux entendre (1).

Al año siguiente, la duquesa de Orleans, que fué á negociar con Carlos II el tratado secreto de Douvres contra las Provincias-Unidas, la llevó consigo á Inglaterra. En el momento en que la duquesa de Orleans iba á embarcarse, Carlos II la obligó á aceptar un regalo, además del presente de 6 000 pistolas que la había hecho para ayudarla à pagar los gastos del viaje, pero la pidió en cambio, como recuerdo, una de sus joyas. Madama ordenó entonces á la

<sup>(1)</sup> Beljame. El Público y los Escritores de Inglaterra, p. 75.

<sup>(2)</sup> Saint-Evremond se había burlado del rey á propósito del tratado de los Pirineos, en una carta dirigida al marqués de Créquy. Se encontró esta carta entre los papeles de Fouquet y el rey no se lo perdonó jamás.

<sup>(1)</sup> Acerca de Luisa Keroualle, duquesa de Portsmouth, además del libro de Forneron, debe leerse en La Revista de Ambos-Mundos los artículos publicados por Juán Lemoine y Andrés Lichtemberger. « En este círculo ví, y mis ojos quedaron fascinados, á vuestra nueva dama de honor, tan graciosa como bella, y que, además de sus encantos, sabe hacer galantes figuras, es decir, que baila y conoce á maravilla la cadencia. Es joven inteligente, y lo prueba con haber sabido conquistár tan buen puesto, y esto es lo mejor que puede decirse de ella. »

señorita de Keroualle que la llevase su cofrecito, pero Carlos II, cogiendo á la señorita Keroualle por la mano declaró á su hermana que lo que deseaba era á la encantadora Luisa. Madama se negó á ello rotundamente, pues se consideraba comprometida, como si hubiese dado su palabra de honor, á volver á traer á Francia una joven que la había sido confiada por sus padres. Cediendo á los ruegos de Carlos prometió que no se opondría á que volviese á Inglaterra, si su hermano le aseguraba que la otorgaría un puesto equivalente al lado de la reina Catalina (1).

Luisa se había marchado muy vacilante. Saint-Evremond fué el encargado de darla una porción de consejos epicúreos y de predicarla el arte de poner de acuerdo el amor con la discreción. « La discreción, decía, en el Problema á imitación de los españoles, consiste en no amar sino á una persona á la vez, eso es darse, pero si se tiene varios amantes, es abandonarse. De esta especie de bien como de otros, el uso es honesto, la disipación vergonzosa... Es muy triste pasar la vida sin amor... Dejaos llevar por las dulzuras de la tentación en lugar de escuchar vuestra altivez. ¿ Qué papel haríais en un convento si no tenéis vocación religiosa?... Desventurada vida cuando se está obligado á llorar, por costumbre, el pecado que no se ha cometido, en la época que se tiene el deseo de cometerlo. He aquí el miserable estado de las candorosas jóvenes que llevan su inocencia al convento. Son desgraciadas por no tener de qué arrepentirse (2). »

La lección dió sus frutos. En cuanto desembarcó en Francia, la hermana del rey murió á consecuencia de una enfermedad repentina, acerca de cuya naturaleza la Historia discute todavía. Algunos meses después, su doncella de honor esperaba en Dieppe que quisieran embarcarla para Inglaterra en donde deseaba ir para « tener de qué arre-

pentirse». Buckingham, que se había ofrecido á conducirla hasta Whitehall, no se acordaba ya de ella y se embarcó en Calais. Fué Montague embajador de Carlos II en París, quien, cuenta Burnet, « habiendo oido decir á lo que estaba destinada la joven y que se aburría esperando, hizo venir un yacht expresamente para ella, enviándola criados y suministrandola dinero, y la hizo conducir á Londres, en donde la recibió milord Arlington (1) ». En Diciembre de 1670, asistió, disfrazada, á la fiesta dada al rey por las gentes de la curia y á donde fué conducida por el príncipe de Orange. « El rey de Inglaterra, escribía Colbert de Croissy á M. Lionne, pone cuidado en que esta belleza esté siempre en la alcoba de la reina más que en cualquier otra parte, pero no ha ido todavía á verla á sus habitaciones, como se ha dicho (2). » El asedio á la señorita Keroualle duró, en efecto, cerca de un año.

En el mes de Octubre de 1671, Colbert de Croissy decia que estaba muy bien instalada en Whitehall, en donde recibía todos los días, á las ocho ó nueve de la mañana, una visita del rey de una ó dos horas. « El monarca se quedaba mucho más tiempo durante la tarde, agrega el embajador. La joven no carece de nada. Todos los ministros buscan también mucho la amistad de esta señorita y milord Arlington me ha dicho últimamente que estaba muy contento de ver que Su Majestad se enamoraba de ella y que aun cuando Su Majestad no communique nada de sus asuntos á las damas, sin embargo, como las mujeres pueden perjudicar algunas veces á los que odian y arruinar de este modo una porción de asuntos, sería muchísimo mejor para todos los buenos servidores del rey que se fijase en ella, pues no era mal intencionada y era una señorita y no como las comediantas y otras muchas de las cuales ningún hombre honrado podía sacar partido. El rey no salía de las habitaciones de ella y todo el mundo podía

<sup>(1)</sup> Conde de Baillon. Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans, p. 403.

<sup>(2)</sup> Du Bled. Los Libertinos y Saint-Evremond, 192.

<sup>(1)</sup> Burnet. Historia de Inglaterra, I, 680.

<sup>(2)</sup> Archivos del Ministerio de Estado : Inglaterra, t. XVI.